

amigos Camilo y Lucila, y Tallien, que se había echado en la Convención á los pies de Robespierre y Couthon, después de haber sido por ellos maltratado. Este recibió de su amada, que había sido arrestada como sospechosa, una carta en la que le decía:—«Mañana voy al Tribunal revolucionario; muero con la desesperación de haber pertenecido á un cobarde como tú», y en el acto compró un puñal, resuelto á suicidarse si no conseguía matar á Robespierre. Todas estas conjuras y propósitos revelan que los montañeses miraban como segura su ruina.

Tan seguramente como Robespierre, que no había hecho maldito caso de la apoteosis que le dedicara Barere, se consideraba dueño ya de los destinos de la Revolución. Del mismo convencimiento participaba el pueblo entre el que circulaban las frases: «Van á poner la dictadura.» «Va á haber un nuevo treinta y uno de Mayo.» Con estas voces, los ánimos se hallaban suspensos y alarmados. «Reina una gran fermentación, escribió un testigo presencial de los sucesos, Anna d'Or; se comienza á murmurar en alta voz del número de ejecuciones que ocurren á diario; Robespierre, más cruel que nunca, aunque lleva un mes de no parecer por el Comité, amenaza mandar al cadalso á la mitad de la Asamblea..... Las cartas se barajan más y más; los murmullos aumentan; los diputados se reúnen; la Convención está diezmada. Un gran golpe se prepara: ¿cuál? Nadie lo sabe. Pero todo el mundo tiembla.» Todo el mundo temblaba, es verdad, mas no por la materialidad del golpe, sino por la seguridad de que Robespierre iba á triunfar. Y todo el mundo se equivocaba. Los hados dispusieron las cosas de manera muy distinta, como veremos en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO UNDÉCIMO

Rota y muerte de los robespierristas.

La predicción de Dantón, «Robespierre te arrastro», iba á cumplirse, precisamente en el momento de dar éste el último paso para subir á la cumbre de su poderío y de su gloria. Nunca, en las crisis de su carrera política, se había encontrado á la cabeza de fuerzas tan poderosas y frente á enemigos tan débiles y despreciables. A su lado estaban el club de los jacobinos, representante fogoso de la clase gobernante, y la Municipalidad, mandataria oficial y armada de la población; y detrás de este club y de esta Municipalidad, se agrupaban con entusiasmo sincero la mayor parte de los guardias nacionales, los cañoneros, los gendarmes, seguidos, á no dudarlo, de los jóvenes soldados del campamento de *Sablons*, de los obreros de la fábrica de pólvora de Grenelle y de los revolucionarios de las secciones. ¿Qué importancia tenían estas fuerzas? El club de los jacobinos contaba los triunfos por el número de las batallas; la Municipalidad gobernaba indirectamente á Francia de mucho tiempo atrás; las secciones no tuvieron sino exhibirse en Junio del noventa y tres para aplastar á la Convención, siendo los guardias seccionarios la única tropa organizada en París. Frente á estos formidables elementos que habían vencido á la monarquía secular, á la sociedad tradicional, ¿qué se agitaba? Casi nada. Azorados, prontos á la fuga, si la fuga fuese posible, si no estuviesen metidos en un círculo infranqueable, unos cuantos diputados odiosos ó degenerados, que se apoyan, por una parte, en la Convención, envilecida, decapitada y que les odia; por otra, en el Comité de Seguridad general, tan desprestigiado

CAPITULO ALFONSO
 ALFONSO ALFONSO
 ALFONSO ALFONSO